

ARS



El arte es una cosa muy seria, por eso se vende. Los burgueses que antes sólo ponían los ojos en blanco cuando la criada les servía una merluza tres salsas o cuando veían pasar una tía buena por la calle ahora también sacan las órbitas delicadamente cuando se les presenta un jarrón chino o un bronce con caballito o un bargeño con polilla y muchos cajoncitos o una pintura llena de mugre. El burgués pregunta por el precio y en seguida se echa mano a la cartera del riñón y lo paga. Por una jofaina un poco historiada hay gente que paga un dineral para colgarla luego en la cabecera de la cama, que eso se lleva mucho ahora. Y si saliera un orinal del siglo XV habría navajazos en el hipocondrio del rival en la sala de subastas.

Como el lector de HERMANO LOBO es un señor simpático pero pobre y probablemente es ajeno al funcionamiento del mercado del arte, tenemos mucho gusto de explicárselo en plan confidencial. El mercado del arte comienza cuando un señor gordo y con mucha pasta compra cualquier objeto que valga más de un millón, por ejemplo un canapé lleno de chinches en el que un día se sentó Isabel II. El millonario se lleva con mucho alborozo el trasto a casa y lo coloca en el puesto de honor del salón. Al día siguiente invita a una copa a diez matrimonios amigos y con el licor en la mano canta las excelencias del artefacto y obliga a las damas a que sienten las posaderas donde las sentó una reina tan castiza; como es natural las amistades se mueren de envidia y se sienten unos desgraciados por no poseer un trasto igual. Pero como son gente de pasta la cosa se remedia en seguida. A la mañana siguiente las damas y los caballeros salen despendolados a la busca y captura de una antigualla parecida y cada cual encuentra la suya: un ataúd de los visigodos, una bota romana, un perchero del rey Bamba, unos calzones del inquisidor de Cuenca, un cinturón de castidad de la mujer de Aníbal, una mierda disecada de un guerrero de la batalla de Covadonga, expertizada por algún erudito con certificado de autenticidad. Y muy contentos y felices las damas y caballeros se llevan los trastos a casa y al día siguiente invitan a diez matrimonios amigos para darles un cóctel y de paso que se mueran de envidia. La onda expansiva cunde. Y mientras las factorías del arte funcionan a tope van por la calle los burguesitos enfebrecidos sin mirar ya a las tías buenas, buscando platos viejos, registrando las cuevas de los gitanos, desvalijando baúles y trasteros, y maldiciendo a sus antepasados, porque en lugar de comprar la finca de trigo duro que no vale un duro no compraron un cuadro de Nonell porque parecía un mal pintor o un Solana porque parecía un guarro. Más o menos así funciona el mercado del arte. Pero como esto lo escribimos en plan confidencial, esperamos que no lo vayan diciendo por ahí. Gracias.

EL MALBURU



SUBAS
REMB

Los nu
saben qu
valías. H
jos calzo
abuelos
padas co
tienen ca
e ingiere
tadas que
su biolog
a las cos
píritu. A
de objeto
paces de
tor está
dole las
tas de li
Esta g
—en la ú
da en Ma
orbitadas
atribuida
usados p
maestros



La soci
paz de p
le antoje.
subastas.
muy arrie
basta en
falsificac
del día. F
fican has
vios, con
huellas
creador.
no dar l

BUSSINES EST

LA BRAGUETA DE LOS PANTALONES QUE USABA REMBRANDT CUANDO PINTO «LA RONDA NOCTURNA»

Los europeos no hacen con las plus cambiado los vieillos de felpa de sus braguitas estampadas en Roma, las descontaminadas exquisiteces importadas transformando haciéndola sensible del arte y del esten a las subastas artísticas y son calistinguir si un pinvo o muerto rocián. Orneadas con unas goón. te pagó el otro día ima subasta celebraid— cantidades despor unas braguetas a ciertos pantalones Rembrandt y otros le la escuela holan-



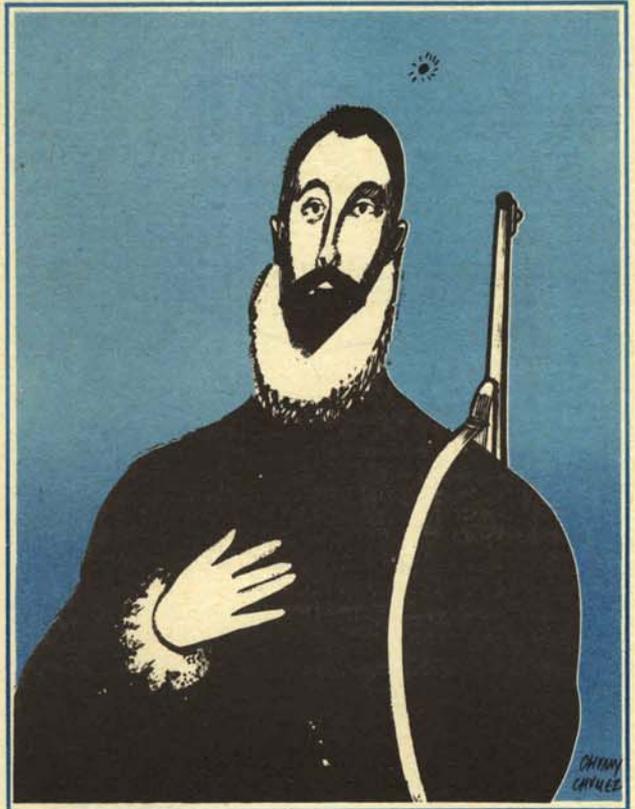
desa del siglo XVII —falsas, por supuesto—.

Uno de ellos me dijo al oír mis advertencias:

—He comprado las braguetas por eso mismo: porque son falsas. Comprar obras de arte para asegurar una inversión es una vulgaridad propia de los que administran nuestros bienes. Nosotros no tenemos miedo al futuro. La riqueza es nuestra y no nos despojará de ella ni el mismísimo Lenin, si es que resucita el día del Jui-

cio Final. Ahora mismo, te lo digo por si quieres estar al día, lo elegante entre nosotros es coleccionar camisetas de obreros accidentados. Son objetos que no tienen precio. Valen lo que quieras o no valen nada. Todo depende del estado de ánimo de los dos o tres coleccionistas que nos ocupamos de estas cosas. Además —continuó— no sé por qué te preocupas de que me estafen si la subasta la ha organizado un grupo filial a nuestra empresa exportadora de mano de obra agrícola enlatada con manteca. ¡Ah! Y no te pierdas la próxima subasta. Subastamos almas y fidelidades. Sí, ¡claro!, desde luego, de personas que están vivas todavía.

EQUISYZETA



CHUMY CAVALER



SUMMERI



SUMMERS

EL TIMO DE LA SUBASTA

La moda de consumo es de moda lo que se este es el caso de las obras que hay que ser rico y muy rico para que salga a su galería de arte. Las falsificaciones se falsifican a la orden de falsificar se falsifican los espertizajes prelo, timbre e incluso falsos del presunto tal, luego basta con cara, es decir, basta

con colocar un letrero junto a la obra maestra que ponga: «Atribuido a Fulano o a Mengano». Pero sólo atribuido, por supuesto. Lo demás sería como suicidarse.

Toda subasta empieza en los bajos fondos. Un quinqué se ocupa de dismantelar alguna casa de viuda en provincias, se trae la pleza y se la coloca a alguien en El Rastro. De ahí pasa a los entendidos en restauración, que le dan una mano de lo que haga

falta y se la pasan a las grandes galerías, ya con el precio por las nubes. Entonces las galerías editan un hermosísimo catálogo, se lo envían a todos los económicamente agraciados del país y los convocan para tal día por la tarde a tomar té con pastas y a dejarse el manso, o sea, una fortuna. Porque a eso de las ocho de la noche en las salas de subastas y el día señalado se arma lo que no está escrito. Uno levanta una mano de seda y puja. Otra levanta el muslo y puja aún más. El niño del contrabandista o el sobrino de los petróleos o de los plásticos o de los muebles

Tal, puja lo suyo. Y al final, ¿qué? Pues lo que se esperaba. Que se llevan un Goya a casa y aquello de Goya tiene lo de la calle, porque ya me contarán.

Nada, por tanto, como ser millonario para que lo engañen a uno como a un bobo. Todo está en consonancia con la ambición del comprador. Porque si éste quiere dar una fiesta para enseñar su última adquisición maravillosa, es natural que antes sea estafado como un chino. Dios está en todas partes, y aunque no ahoga, aprieta. Lo que se evitaron los millonarios gracias a la

evasión de capital, ahora han de cotizarlo gracias al camelo moderno de las artes plásticas. En definitiva, que el dueño de la casa de subastas, el que pone el cartelito de «atribuidos», es quien a la larga termina viviendo en Marbella como un pachá y riéndose de la estupidez y avaricia de las clases privilegiadas. Vamos, que le recomendamos a todo el mundo que ponga su sala de exposiciones. Es un negocio fetén. Clientes tontos los hay hasta en los salones. Que sí.

WHO KNOWS